

PILAR URBANO



Yo entré en
el Cesid

Yo entré en el Cesid, de Pilar Urbano, muestra al lector los entresijos de la seguridad española mediante un trabajo de investigación admirable. Es uno de esos libros que te engancha y que no dejas de disfrutar hasta que llegas a la última página.

Los falsos «niños de la guerra». Los maestros del Mossad. «Tienes cinco minutos para colapsar la Cibeles». La nieta de Franco y los masones. Espiar a los obispos. ETA negocia con el ejército. El hombre que volvió del pentotal. Misiles Sam 3 para cargarse al Rey. Un topo en la cúpula de ETA. «VK, si me lees, da señales de vida». ¿Quién inventó el lazo azul? La pitonisa y el polaco. Así se «dobla» a un agente secreto. Cinco horas en blanco en la agenda del Rey. Un ministro pagó el «impuesto» de ETA. Un bello eslavo y un diplomático atrapado. ¿Por qué no estallan las fiambreras? Hablaban de guerra sucia... y les estaban grabando. ¿Qué hizo el Cesid el 23-F? Brillantes y optalidones. ¿Dónde está el vídeo maldito de Bárbara Rey? Y el Cesid pecó...

«En los arcanos de unos servicios de inteligencia no puede haber sólo un tampón de puño blanco con las siglas GAL, unas facturas falsas de la Agencia Kroll y un sobre color mango con el original de un videoclip indecente. No. En el hondón de la caja fuerte de una CIA, de un KGB, de un Mossad, de un Cesid, es donde están los genuinos secretos de Estado cuya desvelación denudaría la Historia. O los servicios secretos son el revés del tapiz, las pequeñas y oscuras y anónimas historias, los nudos y remates que no se ven pero que hacen posible la dignidad y el esplendor en la Historia de un país, o no hablamos de servicios secretos sino de abusos ocultos, o incluso de criminalidad clandestina.

»Ellos están –deben estar– allí donde todavía no ha llegado la policía, allí donde no puede llegar la diplomacia, allí donde no conviene que llegue el ejército. Se mueven en esa zona gris donde las normas difuminan sus contornos, en esa zona gris donde cualquiera puede creer que todo vale.

»Quizá porque a la hora de la verdad la democracia no es sino un sistema de desconfianzas, desconfiar es para mí un sano instinto de libertad. Durante 333 horas me he movido en el parchís ambiguo de la desconfianza».

Índice de contenido

Cubierta

Yo entré en el Cesid

I Gris lobo gris

II Una visa de platino iridio

III Un guerrillero en el monasterio

IV El Semiramis: Los falsos «niños de la guerra»

Los «agentes durmientes»

Brillantes y optalidones

Operación Mister parar los pies a la CIA

En el principio... era Israel

Doy para que des (Do ut des)

Retrasar el reloj de una guerra

V La visita que no estuvo allí

Los maestros del Mossad

Los tres votos de un agente

«Tienes cinco minutos para colapsar la Cibeles»

Aquel viajero no bajó del avión

El submarino amarillo

Un buzón muerto

«A las cuatro, en la puerta de la iglesia»

¿Secuestra alguna vez el Cesid?

Un test en Gregory's Pub

VI El Ojo del Gran Hermano

«Al Isidoro ese de los morros no le toquéis...»

Un pasaporte para Felipe González

El espía que dijo «Yo no sigo»

La nieta de Franco y los masones

Operación Púrpura: espiar a los obispos

«Me mandaban ir a Francia a poner bombitas»

El secreto del caballero de Malta

VII Un topo en la cúpula de ETA

Adiós, Pertur

La cacería

«Soy Lobo, estoy entre dos fuegos»

«Eres sospechoso»

«Esperaba que me mataseis»

VIII ETA negocia con el ejército

IX El hombre que volvió del pentotal

El señalador y el reclutador

La captación

«Abre este sobre, si en un mes no he vuelto»

Micropuntos y escrituras secretas

«¿Quién me puso el pijama?»
La danza de los agentes dobles
Operación sin nombre

X Hubo uno que no volvió

XI La gran redada

Espían a Zurita y a Villaverde
Encuentros en La Rana Verde
Thriller en la línea 4
Un taxi para Mozart
La joven rusa quiere cantar saetas
«Hoy es un día tarde»

XII Los cabeza de huevo

«¡El rey ha muerto! ¡No disparéis más!»
Murallas de arena
Don Juan visita a Gaddafi
El pelirrojo de la autopista
El etarra que nos trae la pizza

XIII Cinco horas en blanco en la agenda del Rey

«Señor presidente, está usted fichado»
Hablan de guerra sucia... y les están grabando
La solución judía
«Yo a Manglano le daba novedades del GAL»

XIV «¡Pantera para todos!»

El silbador de boleros: la red Hurón

La jefa del Nafarroa lleva otra pistola en la ingle

¿Por qué no estallan las fiambreras?

Dos misiles para cargarse al Rey

Un ministro pagaba el impuesto de ETA

XV Un bello eslavo de ojos azules y un diplomático atrapado

Coñac y berberechos para desayunar

«Mira detrás del espejo»

El ciego del violín

Chantaje desde Viena

«De alguien que te quiere»

XVI ¿Por qué el Cesid no evitó el 23-F?

El enigma es Cortina

Cortina me explica «el golpe de timón»

Gobernar en la sombra

XVII ¿Dónde está el vídeo maldito de Bárbara Rey?

XVIII El Cesid pecó

Sobre la autora

Notas

DEDICATORIA

A los hombres del Cesid que no pactan con el delito. Yo conozco a algunos.

*A las mujeres, deliberadamente grises,
de esos hombres grises como lobos grises
que llegan tarde a casa,
cuyos teléfonos suenan urgentemente de
madrugada:*

*–¿Te he despertado? ¿Estabas dormida?
–¿Dónde estás tú...? Cuídate, cariño, abrígate...
–No, aquí es verano... ¿Cómo estás? ¿Qué hacen los niños...?*

*A las mujeres anónimas
de esos hombres anónimos
cuyos besos tienen a veces sabor a crimen.*

*Y también,
a ellas, las agentes,
flores de níquel
que soportan miradas oblicuas
pasando por ser lo que no son,
y haciéndose perdonar
por tener, tantas veces, más agudeza,
más temple
y más bravura.*

Pilar Urbano

EL ESPÍA

En la pública luz de las batallas
otros dan su vida a la patria
y los recuerda el mármol.
Yo he errado oscuro por ciudades que odio.
Le di otras cosas.
Abjuré de mi honor,
traicioné a quienes me creyeron su amigo,
compré conciencias,
abominé del nombre de la patria,
me resigné a la infamia.

JORGE LUIS BORGES
Quince monedas

I

Gris lobo gris

Acaba de girar a la derecha. Estamos en el cruce de Menéndez Pelayo con O'Donnell. Eso quiere decir que no me lleva al piso de las otras veces. Aguardo. Ya veré. No quiero preguntarle. Me arrellano en el amplio asiento de atrás. Huele a ambientador de lavanda. Todo está muy limpio. Impecable. Ni un papelito, nada. Como si nadie hubiese estado jamás en este coche. Debe de ser un Audi. O un Volvo. No sé. No entiendo. Pero tiene las lunetas negras. Y detrás, cortinillas de hule poroso, negras también. O sea que desde fuera no me ven.

Como si estuviera mentalmente sorda, me repito: Ellos desde fuera no me ven. Y yo desde dentro no sé adónde me llevan. Por menos, otros se montarían la truculencia de un secuestro. Pero yo no entro a ese trapo. Paso. ¿Paso? Bueno, en realidad no sé si era éste el coche que debía recogerme. He entrado sin mirar, confiada, sin preguntar, como cuando vienen los del programa de Hermida o los de Telecinco. Ni siquiera sé si él sabe quién soy yo. Simplemente me ha dicho «Buenos días». Ni yo sé quién es él. Un hombre joven –treinta y pocos–, alto, fuerte, trajeado de oscuro, azul marino gorilón o gris marengo polizonte. A contraluz no lo distingo. Un hombre de ésos cuyo rostro no se te queda grabado ni aunque lo veas en todas las fotos de todos los eventos de todos los Vips. Exactamente: un hombre sin rostro.

Obligo a mi memoria a hacer gimnasia de *flashback*. Quiero repasar sus movimientos desde que salí de mi portal: está listo, de pie, junto al coche. «Buenos días», dice él; «Buenos días», digo yo. Abre y cierra la portezuela con el brío preciso. Rodea el vehículo por detrás. Entra rápido. Tenía ya el motor en marcha, creo. Se sienta al volante. Arranca suave. Acelera. En cosa de un minuto recorre, recorreremos, la avenida de Menéndez Pelayo. Gira en O'Donnell. Que ahí es donde empiezo a extrañarme. Y ahora ha vuelto a doblar a la derecha hacia Doctor Ezquerdo. Enfila la M-30, pero en dirección sur. Paso, sí, paso, aunque ni sé quién es ni sé adónde me lleva.

Desde aquí atrás no le veo: el reposacabezas del asiento le oculta el cuello y la nuca. Busco su cara en el retrovisor. Y justo en este instante y justo ahí, en el azogue metálico del espejo, me encuentro con su mirada. Una mirada fría, neutra, aséptica, funcional. Una mirada de control de pasaporte en la aduana. Está de servicio, pienso. Y eso me da seguridad. Vuelvo a mirar. El sigue ahí. Un ojo en el retrovisor y el otro en el asfalto. El coche es potente y él conduce con pujanza. Estamos bordeando Madrid, de sureste a noroeste. Decido salir de dudas:

–¿Adónde vamos?

–Me han dicho que la lleve a *La Casa*.

¡Acabááááááramos! Así que la entrevista con el director va a ser en *La Casa*... Pues me alegro de volver. La otra vez apenas me fijé. Mejor dicho, la otra vez estaba yo con la guardia alta, mirando donde no me señalaban, buscando a hurtadillas por las mesas una nota de despacho en la que pusiera algo como *Me lo quedo. Pte. para el viernes*, oteando el *interland* de césped entre los edificios Estrella, Pilar y Escuela, por si veía algún mendigo muerto, menghelizado y disecado. La otra vez yo escrutaba los rostros de mis interlocutores sin atender apenas a lo que me de-

cían, tratando de adivinar sus verdaderas identidades, porque me los habían presentado como «Aquí Joaquín, éste es Manolo, Andrés el tetuaní, otro Manolo...». Pasado el tiempo y atando cabos, iría sabiendo que los comensales anónimos de aquel almuerzo de tanteo habían sido Joaquín Riera (*Rico*), Manuel Guerrero, Manuel López Fernández (*Losada*) y Andrés Fuentes. Casi nada: la plana mayor del Cesid^[1], con su director Javier Calderón en la cabecera de la mesa. Y que aquel otro que se asomó en mangas de camisa con un mazo de papeles en la mano y diciendo «Ah, perdónperdónperdón» era el secretario general, Aurelio Madrigal: un *número dos* plenipotenciario cuyo futuro sucesorio aparece tan nítido y rectilíneo que se diría trazado por los dioses a escuadra y cartabón.

Hace tiempo que el Cesid me interesa. Y me he hecho la encontradiza. Es lo menos que una puede hacer con las cosas de su tiempo. El Cesid es un tema de mi tiempo. Un gran tema. Un inquietante tema. Un desconocido, malconocido tema. Un tema, yo diría, tan violado y tan virgen como la violada selva virgen.

En los arcanos de unos servicios de inteligencia no puede haber sólo un tampón de puño blanco con las siglas GAL, unas facturas falsas de la agencia Kroll y un sobre color mango con la copia –o el original, vaya usted a saber– de un videoclip indecente. Sé que no. En el hondón de la caja fuerte de una CIA, de un BND, de un SIS, de un Mossad, de un Cesid, es donde están precisamente los *arcana imperii*, los genuinos secretos de Estado cuya desvelación desnudaría la Historia. O los servicios secretos son el revés del tapiz, las pequeñas y oscuras y anónimas historias, los nudos y remates que no se ven pero que hacen posible la dignidad y el esplendor en la Historia de un país, o no hablamos de servicios secretos, sino de... abusos ocultos, o incluso de criminalidad clandestina.

Yo deseaba conocer más de cerca a la gente del Cesid: los que están, los que han estado. Mujeres y hombres. Echármelos a la cara. Suponía que encontraría de todo: algunos hombres buenos y algunos hombres malos. Quería escuchar de primera mano un centenar de esas «pequeñas y oscuras y anónimas historias» jamás contadas. Intuía por ahí un filón de claves nuevas. Me resistía a aceptar que todo el interés narrativo de nuestros servicios de inteligencia –desde aquel *Círculo 30* prerrepblicano hasta hoy– empezara en las escuchas –aleatorias o premeditadas– de unas conversaciones triviales entre el rey Juan Carlos y su amigo lúdico, el príncipe Zourab Tchokotwa, y acabase en las microfichas sustraídas por Juan Alberto Perote –paquetón de microfichas que, aun desclasificadas, no parece que sirvan a los jueces para probar gran cosa–. Ciertamente, eso está ahí. Es un hecho infame. Una muestra suicida de mal hacer. Como también está ahí la desapacible duda sobre la implicación del Cesid en la *guerra sucia* contra ETA. Complicidad que pudo no ser sólo informativa. Y en este punto cóncavo habrá que ventilar y encender la luz para que se despeje el enigma de los mendigos. El enigma sórdido de tres drogas de barrio de Malasaña, supuestos cobayas de un somnífero con efectos de «suero de la verdad». A mí, un domingo de septiembre por la mañana el juez Gómez de Liaño, Javier, paseando por el Retiro –le estoy viendo, con su *pullover* rojo alrededor del cuello, cayéndole por la espalda y anudadas las mangas sobre el pecho– me dijo con voz de horror y crimen: «Van a salir más cadáveres... Sí, sí. Este agosto ha hecho mucho calor. Con el calor los cadáveres huelen más. ¡Y aquí hay un fuerte olor a cadáver!». Pero de los mendigos todavía no hemos visto ningún cadáver. Claro que pueden haberlos metido en cemento y arrojado al mar. La imaginación del terror es libre, y sin *copyright*. Ahora, cuando esté con

el director, si no lo primero, sí lo segundo que he de plantearle es este asunto de los mendigos.

Antes tendremos que hablar de Perote. Aunque, como lectora de periódicos, como columnista, como señora puesta en los tejemanejes de la política y sus higadillos, la simple palabra *Perote* me estraga de hastío. Yo no le dedicaré ni un minuto más. Le he conocido, a Perote, y es agradable el hombre, incluso encantador; pero sin armadura mental para enhebrar dos buenas ideas seguidas. Perote es una anécdota adosada al abogado de un banquero. Una mancha. Una verruga. Una errata. Manglano, en cambio, es otro cantar.

El teniente general Emilio Alonso Manglano, director del Cesid y *pantocrátor* temido y adorado en la bóveda de los servicios de inteligencia durante catorce años, no era, no es y no será jamás una anécdota. Procesado o no, condenado o absuelto, con pruebas o sin ellas, en Manglano quebró la historia del Cesid. Para bien y para mal, él marca un antes y un después. Con Manglano no hubo erratas. Con Manglano hubo error. La errata es una torpeza involuntaria; pero aquí ha habido una deliberada decisión de elegir la equivocación, una deliberada decisión de poner al servicio de un gobierno la Inteligencia que sólo debe estar al servicio del Estado. Y esas desviaciones de poder dejan huella de daño: la verruga se convierte en una extensa orografía de excrescencias patógenas; y la mancha carcome y necrosa una amplia zona de tejidos, hasta cuajar en gangrena.

No me habría atrevido a hacer tan severo diagnóstico de no habérselo escuchado a Orzáez de la Moneda, el auténtico *número dos* de Manglano, su *alter ego* en el *staff* de despacho. Destellaban con brillo duro sus ojos azules cuando me decía: «El cuerpo del Cesid es grande, y en su inmensa mayoría está sano; pero hay que preocuparse

muy en serio si resulta que, de la mano derecha, los dos dedos más importantes están engangrenados».

He oído decir muchas veces: «Lo malo de Manglano es que sabe demasiado». Nunca es malo saber demasiado, salvo cuando se sabe demasiado malo. Lo malo de Manglano no es haber sabido demasiado, sino haberlo silenciado y consentido y cohonestado. Más diré: lo malo de Manglano no es haber sabido demasiado, sino haber hecho de esa perversa sabiduría su más temible poder.

Así que vuelvo a *La Casa*...

Yo quería acercarme al Cesid. A preguntar. A mirar. A conocer. No me planteaba, ni de lejos, una entrada y registro. Un «control integral de relaciones», que dirían ellos con su jerga espesa y mate. No. No era tan estúpida como para pretender el saqueo de los dosieres de su memoria. Ni tan engreída como para arrogarme el papel surrealista de espía de espías. Tenía bien claro que no me dirían una sola palabra que no hubiesen pensado decirme. Esa gente está donde está porque sabe administrar sus silencios. Son los profesionales del saber secreto. Aunque yo, no sé si por periodista, por levantina, por demócrata, o por cristiana, reluciente del secreto y de la veladura y tenga la pasión de la transparencia. Yo lo que sé lo sé para contarlo. En cambio, los espías, lo que saben lo saben para callarlo. Cada uno a su oficio. Y amén.

Ellos están –deben estar– allí donde todavía no ha llegado la policía, allí donde no puede llegar la diplomacia, allí donde no conviene que llegue el ejército. Y para llegar, han de abrirse camino en solitario, a tientas, a oscuras, sin pisadas precedentes sobre las que pisar seguro, bordeando muchas veces la frontera de la ley. Se mueven indefectiblemente en esa zona gris donde lo legal y lo legítimo se acechan, en esa zona gris donde el fin y los medios pleitean, en esa zona gris donde bajo el poderoso paraguas de dos palabras míticas –*seguridad nacional*– los reglamentos se adelgazan, las normas difuminan sus